

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATOLICA DE CHILE
RECTORIA**

**PALABRAS DEL RECTOR, DR. PEDRO PABLO ROSSO R., CON MOTIVO
DEL COLOQUIO "40 AÑOS DE LA REFORMA UNIVERSITARIA"**

**Aula Magna Centro de Extensión
Santiago, 9 de Agosto de 2007**

Señoras y señores:

Agradezco a los organizadores de este Coloquio la invitación a participar en él. Creo que es positivo para nuestra comunidad universitaria reflexionar sobre la reforma iniciada el año 1967, un acontecimiento que la marcó profundamente, estableciendo dinámicas y orgánicas institucionales que aún perduran.

Por otra parte, es necesario reconocer que se trata de un hecho históricamente reciente que, además, resulta difícil de analizar haciendo abstracción de las dramáticas circunstancias vinculadas con su origen y término. De hecho hemos podido apreciar en estos días manifestaciones de que la reforma y su contexto aún generan sentimientos encontrados en la comunidad universitaria.

A partir de estas consideraciones, pensé que no era apropiado que el actual rector participara en actos que tuvieran un carácter conmemorativo y menos festivo de la reforma, pero, en cambio, me pareció interesante

y genuinamente universitario sumarme a un Coloquio. La Universidad es una institución que, por esencia, debe estar abierta al diálogo y al intercambio de ideas sobre cualquier hecho que la comunidad universitaria considere relevante.

En ese espíritu estoy aquí, dispuesto a compartir con ustedes algunas reflexiones personales sobre la reforma universitaria, teniendo en claro que corresponderá a las futuras generaciones hacer un balance final de ella.

La “toma” de nuestra Universidad, suceso que pone en marcha el proceso de reforma que estamos analizando, ocurrió a poco más de un año de mi egreso de la Escuela de Medicina. Por lo tanto, conocí a casi todos sus protagonistas y el ambiente intelectual en el que se había fraguado esa acción.

Sin embargo, no tuve ninguna participación en ella, ni tampoco la habría tenido, porque una “toma” universitaria era y continúa siendo contraria a mis principios. Confieso que recibí la noticia con verdadero

estupor y dolor. Me pareció un acto injustificado y un profundo agravio a la Universidad y a la Iglesia.

Aclaro que entonces, al igual que ahora, en mi ética personal el fin nunca justifica los medios y, por lo tanto, aunque compartía algunas de las críticas hacia la Universidad y la idea de que era necesario realizar profundos cambios, me opuse desde el primer minuto a la “toma”, considerándola una acción violenta, innecesaria e impropia de la cultura y tradiciones de nuestra Universidad.

Después de cuarenta años no he cambiado de opinión y, por lo mismo, rechazo cualquier análisis histórico que la revista de un aura épica o que utilice argumentos consecuencialistas para su defensa. Aún reconociendo los beneficios que la reforma trajo a la Universidad, su puesta en marcha fue lamentable.

Habiendo dicho esto, estoy dispuesto a admitir que tal vez era difícil evitar ese estallido de profundo descontento estudiantil que se tradujo en la “toma”. Es más, me atrevería a decir que era precisamente

nuestra Universidad el único lugar donde podría haberse dado un hecho de esa naturaleza. Pero no pretendo intentar un análisis histórico de lo acontecido esos días. Como decía antes, es necesario dejar ese espacio a los historiadores. Por lo mismo, y siguiendo la huella de la presentación de Fernando Castillo, quisiera referirme a la dimensión conceptual de la reforma.

En una primera mirada, la reforma universitaria puede aparecer como el quiebre entre un orden añejo que ahoga y un orden nuevo que pugna por encontrar un espacio o una clásica lidia entre conservadores y progresistas, o incluso una lucha de poder.

Sin duda, en medida diversa, todos esos elementos estuvieron presentes y ayudaron a moldear y a encauzar los acontecimientos, pero estoy convencido de que el nudo del problema fue uno solo: la carencia de consenso en la comunidad universitaria con respecto a la misión de una universidad católica en un país con las características de Chile en la década del sesenta.

Quiero destacar este aspecto porque creo que le otorga al proceso de reforma realizado por nuestra Universidad una especificidad que la diferencia netamente de otros procesos de reforma ocurridos contemporáneamente en nuestro país, donde el conflicto subyacente no era de identidad y sentido, sino de poder y el ejercicio del mismo dentro y fuera de los claustros universitarios.

He tenido esta convicción desde hace mucho tiempo. A diferencia de lo que ocurre hoy, los documentos del Magisterio disponibles en esa época se referían al papel de las universidades católicas en términos muy generales. Un ejemplo de esta realidad es la Constitución Apostólica *Deus scientiarum Dominus*, del Papa Pío XI. Promulgada en 1931, este documento de carácter normativo, dirigido a las universidades eclesiásticas y católicas del mundo, plantea como misión “la fidelidad a la recta doctrina, servir de encuentro entre la fe y las ciencias profanas y cultivar la excelencia”.

En ese sentido, el proceso de reflexión y discernimiento que la reforma motivó en nuestra comunidad universitaria, resulta muy relevante y, en cierto sentido, anticipó en sus conclusiones algunos de los lineamientos de la Constitución Apostólica *Ex corde Ecclesiae*, del Papa Juan Pablo II, promulgada en 1990.

Es por eso que leí con gran interés la presentación que Fernando Castillo acaba de hacer y que tuvo la gentileza de enviarme hace algunos días. En ella se manifiesta como el logro más significativo del proceso de reforma las definiciones que hoy llamaríamos la misión y visión de una universidad católica y, en particular, de la nuestra: una institución al servicio de la sociedad chilena, dedicada a la búsqueda de la verdad, comprometida con el bien común, que trata de formar personas libres y ser “conciencia crítica del proceso cultural del pueblo”. Una universidad católica que, al igual que hoy y siempre, cultiva un saber iluminado por la fe.

Sin duda, los universitarios católicos de entonces nos preguntábamos sobre la misión de nuestra Universidad en un contexto social que era dramático por la miseria en que vivía la inmensa mayoría de las familias más humildes. Para información de las generaciones más jóvenes presentes en esta reunión, quiero contarles de un país mucho más pobre. En esos años Santiago estaba rodeado de lo que hoy se denominan “campamentos”. Desde el Zanjón de la Aguada hacia el Sur, a lo largo del Mapocho, Quilicura, Renca, Pudahuel.... Era todo un enorme cinturón de miseria.

Los estudiantes de medicina vivíamos inmersos en esa realidad. Como parte de nuestra formación, debíamos atender a personas muy pobres y, por lo mismo, ver y escuchar historias desgarradoras. Eran situaciones que nos conmovían e interpelaban: niños desnutridos, muertes evitables producto de la ignorancia o la falta de asistencia médica, personas en total desamparo. En fin, todo lo que la indigencia extrema puede generar en materia de salud.

Durante dos años fui Vocal de Extensión Social del Centro de Alumnos de Medicina. Siguiendo una larga tradición de ayuda solidaria, los estudiantes de medicina y enfermería manteníamos un consultorio en la Población José María Caro, una enorme ocupación ilegal de terrenos donde vivían varios miles de familias. Era una situación terrible, particularmente en invierno, cuando la población se transformaba en un enorme barrial. Cuando terminábamos nuestras visitas, ya a oscuras, un grupo de pobladores nos acompañaba hasta el paradero de microbuses, ubicado a bastante distancia del consultorio, para evitar que nos asaltaran...

Era imposible permanecer indiferentes a esa realidad...Obviamente eran temas que discutíamos acaloradamente. Debatíamos sobre los grandes proyectos políticos, pero con mucha frecuencia nuestra inquietud se centraba en “la misión social de la universidad”. Ese concepto aún está vigente en el vocabulario de los movimientos estudiantiles y, al igual que entonces, se refiere al papel de las universidades en el desarrollo social, cultural y económico del país.

¿Qué debía hacer la Universidad Católica para contribuir al desarrollo de Chile? ¿Bastaba con que formara buenos profesionales?

Nuestros profesores de ciencias básicas, el único grupo de investigadores con que contaba nuestra Universidad, eran cuestionados por algunos de sus alumnos respecto a la dimensión social de las actividades de investigación que realizaban. Esas preguntas daban pie a largos debates sobre la importancia de las ciencias básicas en el desarrollo del país. Algunos estaban de acuerdo con los planteamientos estudiantiles. Otros, obviamente, diferían. Pienso que el germen de la reforma universitaria nació en medicina y, por lo mismo, no me sorprende que haya sido un estudiante de esa Escuela quién lideró la “toma”.

Lo que describo ocurría en un entorno social de constante agitación y tensión. Se sucedían las huelgas y crisis políticas diversas, en un contexto de bajo crecimiento económico y alta inflación. El debate político era duro y la reforma agraria había establecido

divisiones que eran irreconciliables. A nivel mundial arreciaba la guerra fría y esa gran lucha tenía sus propios bandos y líderes en la política local, donde la figura de Fidel Castro y la revolución cubana se habían establecido como un gran referente. Para ilustrar esos tiempos basta el recuerdo de una frase del Padre Roger Veckemans en un encuentro de la pastoral universitaria. Nos dijo algo así como “felices ustedes que vivirán la revolución latinoamericana”.

En este escenario, a ojos de muchos, nuestra Universidad parecía una isla de anacronismo y academicismo ineficaz. Desgraciadamente, esta es la caricatura, equivocada e injusta, que algunos continúan propagando. Reconociendo la necesidad de mejorar la organización y estilos de gestión que tenía nuestra Universidad en esos años, por lo demás común al del resto de las universidades chilenas, no es menos cierto que bajo esa superficie de una universidad elitista, aparentemente ajena a las realidades que he descrito, se estaba incubando un gran proyecto universitario.

Las autoridades de entonces, incluyendo el Rector Monseñor Alfredo Silva, tenían claro que era necesario incrementar significativamente el número de académicos de tiempo completo y expandir las actividades de investigación. Además, tuvieron la inteligencia y visión para comprender que en un país como Chile impulsar un proyecto universitario de calidad requería contar con el apoyo de las grandes universidades europeas y norteamericanas. Así fue como surgieron las vinculaciones con los centros universitarios de prestigio donde se doctoraron o especializaron la primera generación de nuestros profesores de tiempo completo.

Por lo tanto, el esfuerzo de formar el primer semillero académico ya estaba en marcha cuando se produjo la “toma” y la reforma que la siguió. Este es el proyecto universitario incipiente que la reforma potenció con la fuerza de su entusiasmo y energía renovadora, dándole una orientación y sentido social mucho más evidente.

De ese impulso inicial, mérito de la rectoría de monseñor Alfredo Silva Santiago, sumado a la tarea universitaria que significó la reforma misma, bajo la conducción de Fernando Castillo y del trabajo metódico, riguroso y sostenido que mantuvo la Universidad en las tres décadas que siguieron, me refiero a las rectorías de Jorge Swett y Juan de Dios Vial, surge la Universidad Católica de hoy. Muy distinta en tamaño, proyección académica y reconocimiento a la de entonces e idéntica en cuanto a sus tradiciones y virtudes. Una Universidad que ha alcanzado un claro liderazgo nacional y regional.

Como mencionaba en párrafos precedentes, en estas cuatro décadas ha nacido también un Magisterio para las universidades católicas que, de haber existido antes, probablemente habría evitado la reforma. Juan Pablo II ha definido la misión fundamental de una universidad católica como “la constante búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber para el bien de la sociedad”. (*Ex c Ecc* n.30) Y agrega: “La Universidad Católica, como cualquier otra Universidad, está inmersa en la

sociedad humana. Para llevar a cabo su servicio a la Iglesia está llamada -siempre en el ámbito de su competencia- a ser instrumento cada vez más eficaz de progreso cultural tanto para las personas como para la sociedad. Sus actividades de investigación incluirán, por tanto, el estudio de los *graves problemas contemporáneos*, tales como, la dignidad de la vida humana, la promoción de la justicia para todos, la calidad de vida personal y familiar, la protección de la naturaleza, la búsqueda de la paz y de la estabilidad política, una distribución más equitativa de los recursos del mundo y un nuevo ordenamiento económico y político que sirva mejor a la comunidad humana a nivel nacional e internacional. La investigación universitaria se deberá orientar a estudiar en profundidad las raíces y las causas de los graves problemas de nuestro tiempo, prestando especial atención a sus dimensiones éticas y religiosas". (*Ex c Ecc n.32*) Sin duda, estas palabras parecen evocar algunos de los documentos y discursos de la época de la reforma.

En los inicios del siglo XXI, nuestra Universidad ha hecho suyos estos lineamientos eclesiales y quiere

aplicarlos a las nuevas realidades de Chile. Es un país más dinámico, más próspero, pero que aún no ha podido erradicar el flagelo de la miseria, las tensiones de sus incompetencias políticas y su falta de claridad y confianza con respecto a la construcción del futuro. La Universidad Católica está volcada en esa tarea de construir un futuro mejor para todos los chilenos.

Hace algunas semanas, al concluir mi cuenta anual decía a la comunidad universitaria: “Somos una Universidad que comienza a vivir la experiencia de una madurez académica construida en más de un siglo de continuo y visionario esfuerzo. Hemos adquirido el perfil de las grandes universidades del mundo. Nuestros profesores están haciendo importantes contribuciones y comienzan a destacar en los círculos internacionales. Algunas universidades de gran prestigio nos proponen alianzas de largo plazo. Debemos adquirir plena conciencia de estos hechos y de esta nueva realidad e inspirarnos en ella para continuar progresando.

Nuestra Universidad se está pensando a sí misma, a su proyecto educativo, a su investigación y a sus

vinculaciones con la sociedad desde la perspectiva del país que deseamos construir y del humanismo que nos inspira y, por eso, está compartiendo con la sociedad sus visiones y experiencias.

En alianza con el sector productivo, hemos estructurado un programa “Universidad-Empresa” que con su éxito y dinamismo anticipa el esfuerzo que nuestro país debe realizar en el ámbito de la innovación y el emprendimiento. Estamos demostrando con hechos, en una escala sin precedente en Chile, que es posible crear cadenas de valor y generar nuevas fuentes de trabajo mediante la investigación y la aplicación de conocimientos avanzados.

En el ámbito de las políticas públicas, el aporte de nuestra comunidad universitaria ofrece la singularidad de aunar los análisis teóricos con el desarrollo de modelos de investigación-acción aplicados a las realidades que se busca modificar. En este campo también estamos marcando rumbos para nuestro país.

La Pontificia Universidad Católica de Chile está en marcha, *navegando mar adentro* a velas desplegadas”.

Muchas gracias.